

Opinión del Día

—AL TRANTRÁN—

Incontinencia

Ricardo Pérez

ESCRITOR



No había necesidad de responder a sus comentarios. De hecho, mantener silencio de modo preventivo hubiese resultado la opción más adecuada para evitar la provocación, para dejarla pasar a un lado. Pero su naturaleza se lo impedía. Algo más fuerte que él hacía que fuese absolutamente incapaz de mantenerse al margen

en casos como este. Apenas su interlocutor hubo terminado de pronunciar el desacertado comentario, una ira espesa, casi tangible, comenzó un recorrido por su espalda de ese modo tan característico en él que lograba cambiarle la expresión de la cara y hacía prever por parte de quienes le conocían uno de sus breves pero intensos estallidos de ira. Y, efectivamente, así resultó.

Fue un torrente verbal, rápido, intenso, caudaloso. Una acertada combinación de frases breves pero explosivas que dejaron inerte a su adversario, casi al borde del rídiculo. La segunda ronda recordaba los movimientos de un boxeador avezado: veloces, certeros, haciendo doloroso blanco allí donde pretendían dañar. Dos movimientos verbales en apenas unos segundos fueron suficientes para dejar silente, azorado, a quien ha-

cía escasos momentos hablaba con pompa y ostentación, usando un tono despectivo y arropado en ínfulas que, decididamente, tal y como acababan de demostrarle, le quedaban grandes.

Nos pareció que se arrugaba por momentos. Era como uno de esos documentales en los que se fotografía durante meses una fruta o una flor mientras se marchita, seca y, finalmente, descomponen. Así nos pareció que se arrugaba el amilanado interlocutor. Fue primero su mirada, que quedó cenicienta cuando se apagó progresivamente el fuego que acababan de mostrar. Luego su rostro, con una mueca de orgullo herido disimulada infructuosamente, con la contracción del rictus y un ceño fruncido por momentos. También su pecho se arrugaba; hinchido y voluminoso antes, ahora dejaba escapar poco a poco el aire que

contenía y, con él, parecía escapar el ánimo que lo asistiera anteriormente. Hasta su envergadura corporal se vio disminuida, medrada y parecía apocado el metro ochenta largo que separaban su cabeza del suelo.

Hubo unos segundos de silencio tenso. Uno de esos silencios masticables, que pudieran partirse a dentelladas, de los que se quedan atascados entre los dientes. Y no había manera de diluirlo. Un par de los presentes buscaba el comentario que abriese la puerta a aquella situación incómoda sin resultados. Cierta aspereza se derivó de las miradas cautelosas, débiles, de reojo, que dirigían hacia nuestro grupo algunos de quienes se encontraban allí aquella tarde. Y el silencio, roto sólo por la canción de moda que sonaba en el local, parecía extenderse entre las costuras de la ropa, debajo de los vasos apoyados sobre la barra o en la rosca de los tornillos que sujetaban los taburetes. Alguién soltó una carcajada. A partir de ahí todo resultó mucho más sencillo.

“La segunda ronda recordaba los movimientos de un boxeador avezado: veloces, certeros, haciendo doloroso blanco allí donde pretendían dañar.”